Aportes al estudio de la ARQUITECTURA del *siglo* XIX en MÉXICO

María Lilia González Servín
COMPILADORA

APORTES AL ESTUDIO DE LA ARQUITECTURA DEL SIGLO XIX EN MÉXICO

FE DE ERRATAS

Los nombres de los autores aparecen invertidos en el artículo "El Mobiliario urbano de la Ciudad de México en el siglo XIX", de las páginas 73-103.

Debe decir:
Ramona Isabel Pérez Bertruy
María Osvelia Peredo Barrera

CIAUP
Coordinación de Investigación en
Arquitectura, Urbanismo y Paisaje

Proyecto de Apoyo a Programas de Innovación
y Mejoramiento de la Enseñanza

PAPIME: PE401712

APORTES AL ESTUDIO DE LA ARQUITECTURA DEL SIGLO XIX EN MÉXICO

Compilación
María Lilia González Servín

Cuidado editorial, diseño y formación
Formas e Imágenes, S.A, de C.V.
Leticia Pérez Solís

Primera edición: 20 de noviembre de 2014

D.R. © Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Arquitectura
CIAUP (Centro de Investigación en Arquitectura, Urbanismo y Paisaje)
Ciudad Universitaria
México, 04510, D.F.
Tel. 5622.0704

ISBN: 978-607-02-6025-4

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos.

Impreso y hecho en México / Printed and made in Mexico

AGRADECIMIENTOS

A los profesores y estudiantes
que participaron en el proyecto

Roberto Ulises Pimentel Bermudez
Francisco Acatzin Espinoza Müller
Alexandra Choulin Sánchez Soria
Oscar Miranda Peralta
Dulce Guadalupe Avelio Mendoza
Judith Martínez Esqueda
Guillermo Morán Vargas
Susana Camacho Barrios
Pamela Aide Olguín Flores
Raúl Barajas García
Hernández González Gerardo J.

CONTENIDO

PRÓLOGO XI
Ramón Vargas Salguero

INTRODUCCIÓN 1
María Lilia González Servín

COMPRENDER LA HISTORIA DEL SIGLO XIX DESDE
LA ÓPTICA DEL PATRIMONIO NATURAL Y CULTURAL 13
Dení Trejo Barajas

CONTRIBUCIÓN DE LA SALUBRIDAD Y ASISTENCIA
A LA ARQUITECTURA DEL SIGLO XIX 26
María Lilia González Servín

EL NEOCLÁSICO EN MÉXICO. 41
Lilia Barraza López

LA COMPOSICIÓN EN EL PALACIO DE MINERÍA. 58
Mario A. Larrondo Shiels
María Lilia González Servín

EL MOBILIARIO URBANO DE LA CIUDAD DE MÉXICO
EN EL SIGLO XIX 73
María Osvelia Barrera Peredo
Ramona Isabel Pérez Bertruy

VIVIENDAS DEL SIGLO XIX Y PRINCIPIOS DEL XX 104
María de Lourdes Díaz Hernández

CEMENTERIOS EN LA CIUDAD DE MÉXICO
EN EL SIGLO XIX 124
Berta Esperanza Tello Peón

ARQUITECTURA CONMEMORATIVA
PARA LA INDEPENDENCIA MEXICANA 132
José Víctor Arias Montes

AUTORES 151

EL MOBILIARIO URBANO DE LA CIUDAD DE MÉXICO EN EL SIGLO XIX

María Osvelia Barrera Peredo[1]
Ramona Isabel Pérez Bertruy[2]

El mobiliario urbano, tema central de este trabajo, representa la transición entre el objeto artístico (concebido como la creación de un objeto único) durante la primera mitad del siglo XIX de tipo artesanal y, la producción industrial utilizando la fabricación en serie de los nuevos objetos que amueblaron la Ciudad de México a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Este siglo de transición es un periodo importante para el arte, la arquitectura y el diseño y de alguna manera constituye un antecedente del nacimiento de dos nuevas disciplinas: el Urbanismo y el Diseño Industrial.

La producción artesanal

Hace apenas doscientos años, México iniciaba una nueva etapa como joven nación independiente y la vida en la Ciudad de México transcurría de manera muy distinta a la que hoy conocemos los capitalinos; sin embargo, con menos de doscientos mil habitantes, ya se padecían muchos de los problemas que hoy tenemos en el siglo XXI: inseguridad y vandalismo a causa de la pobreza que se veía en las calles, organización incipiente de la recolección de la basura y, sobre todo, servicios públicos ineficientes que se arrastraban de la época virreinal (Pérez Bertruy, 2003b).

[1] Profesora de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional Autónoma de México y del Área de Arquitectura del Paisaje y de la Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco.
[2] Investigadora del Programa Universitario de Estudios sobre la Ciudad, Coordinación de Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México.

No había medios de comunicación desarrollados más que caminos de terracería donde transitaban carrozas o diligencias movidas por tracción animal, jinetes a caballos, mulas que transportaban mercancías y canoas en el medio fluvial (Blanco, 1983). Los adelantos en Europa en este ramo como el ferrocarril, los barcos de vapor y las bicicletas, únicamente se conocían en nuestro país por las referencias que hacían los acaudalados viajeros y algunos estudiantes privilegiados que podían cursar sus estudios en aquellos países.

Aun así, los pobladores de la ciudad, gozaban de privilegios que hoy día añoramos: orden y participación social en las obras y servicios públicos como la limpieza de las calles y la recolección de basura eran promovidos por el gobierno de la ciudad a través de acciones oficiales que obligaban a la población a barrer su parte de la calle e imponiendo fuertes multas a aquellos que arrojasen basura en la vía pública, por ejemplo (Staples, 1994).

La normativa tendiente a la conservación urbana era una muestra de los intentos de modernización de la capital del país, sorteando en los comienzos de nuestra vida independiente problemas de primer orden como invasiones extranjeras, guerras civiles y escasez de capital económico, que no le permitían entrar de lleno a la producción industrial de bienes y servicios, aunque el deseo de formar parte y de disfrutar de la nueva etapa que representó la Revolución Industrial en Europa era profundo.

Muy poca innovación tuvo en este periodo el mobiliario público debido a que nuestro país no participaba de los grandes avances producidos internacionalmente en el viejo continente. Por lo mismo estaban confeccionados con procesos y tecnologías tradicionales. Bancas, fuentes, esculturas, artefactos para la luz y esculturas urbanas estaban manufacturados en su mayoría localmente con los materiales acostumbrados: madera, piedra, barro, cantera, mármol y yeso (Segarra Lagunes, 2012).

La imagen cotidiana de la Ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX y la de su equipamiento era en cierta medida reflejo de la colonial, pues aún se miraba cajas de agua y fuentes públicas (figura 1), zanjas regadoras y atarjeas de piedra o barro al descubierto arrastrando aguas negras, lamparillas de aceite, nichos con bustos religiosos intercalando una que otra escultura de carácter civil,[3] relojes públicos antiquísimos y mecánicos adornando iglesias y edificios públicos (Pérez Bertruy, 2003a,b).

[3] Carlos IV en la Plaza Mayor (1803) y la efigie de Antonio López Santa Anna en el Teatro Nacional.

Plaza de Santo Domingo. (A. Gallice).

Siendo Santo Domingo la segunda plaza importante de la ciudad, no era extraño que a ella llegaran enormes carromatos —tirados por varias bestias— cargados con mercancías que luego eran transportadas a otros puntos de la ciudad en carretas jaladas por un par de acémilas, o bien en las espaldas de trabajadores que conjugaban el papel de estibadores y cargadores. En esta plaza existió uno de los primeros "sitios" de coches tipo carroza como los que se ven aquí próximos a la entrada de la Inquisición. Por el costado sur de este mismo edificio y frente a la gran iglesia dominicana pasaba una "línea" de tranvías de mulitas, tal como puede verse en esta ilustración.

Figura 1.

Las luces públicas, como en antaño, se encendían a la hora del crepúsculo enmarcadas en el ya habitual clamor de... las ocho y sereno... habitualmente cantada por un personaje que encendía la iluminación de antorchas con brea (figura 2).

En ese tiempo, era usual que la población se detuviera a tomar un sorbo de agua de los pintorescos bebederos colocados en discretos nichos de las esquinas y también de fuentes hidráulicas que cubrían el servicio de agua doméstico (figura 3).

Por otro lado, llegar a los antiguos paseos en carruaje, montados a caballo o a pie y sentarse en las bancas de cantera o piedra talladas a mano y admirar las esculturas alegóricas (figura 4), con diseños individuales aún brindaban un sello artesanal y, a sus autores, la satisfacción de haber hecho una obra de arte en cada una de ellas.

Figura 2.

Por su parte, rejas de hierro sostenidas por un muro con columnas de cantera resguardaban a la Alameda principal de los mendigos y vagabundos y, por el otro, columnas de piedra, cadenas de hierro y una baya de árboles daban seguridad al Paseo de las Cadenas, sobre todo, por las noches (figura 5).

La producción industrial

Es importante hacer notar que los primeros pasos en el tema de mobiliario urbano de la Ciudad de México hacia la transición de este siglo la convirtió en un símil de la

Figura 3. Fuente Salto del Agua (hoy en la avenida Chapultepec).

producción industrial que se fabricaba en el extranjero; en importador en una segunda etapa, cuando las condiciones económicas nacionales lo permitieron y, en productor en una tercera, sobre todo, a fines de siglo.

A pesar de nuestros problemas económicos y políticos internos, llegaron en la segunda mitad del siglo XIX los productos característicos de la industrialización, alentados también por coyunturas políticas y procesos de secularización. En este sentido, cabe decir, que las intervenciones urbanas de los liberales hacia 1857 con las leyes de expropiación destrozaron conventos, derrumbaron atrios y abrieron calles, plazas y jardines cambiando el aspecto o la fisonomía de la Ciudad de México, situación que fue

Paseo de la Independencia. (Pedro Gualdi)

El paseo fue proyectado para embellecimiento de la capital de la Nueva España en 1778, por mandato del Virrey Antonio de Bucareli y Urzúa. Estaba engalanado por tres fuentes de las cuales una, obra del arquitecto Joaquín Heredia, fue destruida para colocar en su lugar la estatua ecuestre de Carlos IV; la segunda fue derribada para colocar el reloj que China dio a México en 1910 y la otra, próxima a la garita de Belém, fue derribada para despejar la calle que sustituyó a dicho paseo.

Figura 4.

aprovechada en principio por los presidentes en turno y, más tarde, por el Segundo Imperio (Pérez Bertruy, 2006).

Estas primeras mejoras renovaron el aspecto de higiene, limpieza, funcionalidad y decoración de la capital, lo que se tradujo en una relación más cercana entre arquitectura, monumentos y espacios públicos. En consecuencia, nuevos objetos escultóricos e industriales empezaron a poblar los espacios públicos.

Por lo consiguiente aparecieron las primeras plazas ajardinadas y arboladas, que se forjaron con el presidente Santa Anna. Los gobiernos sucesivos aprovecharon la traza del zócalo de la Plaza de la Constitución para hacer una plaza perimetralmente arbolada que hacía juego con los plantados en el atrio de la Catedral. La primera además

Figura 5.

contaba con una fuente al centro, rodeada de un basamento de piedra con farolas que servían de asiento a los paseantes (figura 6).

La novedad en el caso y el tema que nos ocupa fue la iluminación. En efecto, el lapso de 1852 a 1869, la contribución más significativa de muebles industriales para la ciudad, fue la contratación por parte del Ayuntamiento del alumbrado público con gas de hidrógeno que favoreció la instalación de farolas, apareciendo muchas de éstas en el primer cuadro de la capital (Arizpe, 1900), ya como un objeto ornamental, con reminiscencias neoclásicas que mantenían algunas características con las antiguas farolas de aceite: las columnas y postes de madera desde ese momento serían de hierro, la luminaria de cristal y el remate sobre una base de hierro (figura 7). Todos estos artefactos eran de producción local-artesanal, imitando la industrial europea.

Figura 6. Jardín de la Plaza de la Constitución.

El incipiente desarrollo industrial que había en nuestro país marcó en primera instancia la importación de grupos escultóricos en hierro fundido como puede ejemplificarse con los primeros que llegaron a la Alameda de la ciudad. En 1846 apareció El Mercurio del escultor Juan de Bolonia (figura 8a), en 1857 El Neptuno de Walter Dubray (figura 8b), para decoro de una de sus fuentes, y ya en tiempos de Maximiliano de Habsburgo La Venus (1866) de Mathurin Moreau (figura 8c), pero debido a la derrota de su gobierno no fue colocada sino hasta 1890 (Cfr. Castro Morales, 2004; La Alameda Central, 1956; López Rafael, 1973).

En el segundo imperio, Maximiliano de Habsburgo trajo a nuestro país una serie de ideas y proyectos tomando como referencia la modernización del París Napoleónico bajo la regencia de Haussmann; la ciudad de Viena donde gobernaba su hermano José; y la renovación de Bruselas, donde reinaba su suegro, el padre de su esposa Carlota (Fernández Christlieb, 1998). Queriendo emular a estas ciudades, que estaban a la vanguardia en Europa, pretendía para la Ciudad de México el mejoramiento de los servicios públicos, así como un cambio en la imagen urbana y paisajística, que contem-

Figura 7. Jardín del zócalo Obsérvese las farolas de gas hidrógeno.

plaba el establecimientos de edificios públicos en las principales arterias; la apertura de grandes bulevares, jardines, glorietas y plazas monumentales sumando la introducción de un mobiliario público (Acevedo, 1995; Drews, 2000), que había puesto de moda Alphand en París.

Grandes planes prevalecieron incluyendo la remodelación de Palacio Nacional, Chapultepec que era la casa residencial imperial, el saneamiento de la Alameda, la creación del jardín del Zócalo y del Paseo del Emperador, la llegada de algunas esculturas de carácter alegórico y cívico para adornar plazas y jardines, sumando bancas y fuentes de hierro, candelabros de gas y un templete de madera o quiosco provisional que sirvió para mítines políticos, más sin embargo, los grandes proyectos fracasaron por lo efímero del Segundo Imperio (Pérez Bertruy, 2006).

Pese a ello, la era del ornato público había comenzado a partir de la Intervención francesa y poco a poco iría cobrando fuerza en los años sucesivos, hasta multiplicarse con

Figura 8a. Estatua El Mercurio en la Alameda Central. Figura 8b. Fuente El Neptuno en la Alameda Central. Figura 8c. Fuente de Venus en la Alameda Central.

Figura 9. Quiosco de madera para fijar anuncios en las esquinas de la ciudad.

la llegada de Porfirio Díaz al poder del país (figura 9).

La producción de arte, arquitectura y mobiliario urbano industrial en México se inició con Porfirio Díaz, gracias a los adelantos científicos y tecnológicos finiseculares europeos que cambiaron las fuentes de energía y el patrón de urbanización, sobre todo, de la metrópoli con la llegada de novedosos servicios públicos, transportes y medios de comunicación.

La Ciudad de México cambió su fisonomía con la expansión de su territorio, la formación de fraccionamientos o colonias dotadas de agua corriente y drenaje por medio de tuberías; calles pavimentadas y alumbrado eléctrico. Aparecieron en la ciudad grandes tiendas, hoteles, cafés, restaurantes de alta cocina, tendido de vías y estaciones ferroviarias, faroles y tranvías eléctricos, así como estatuas cívicas y áreas verdes urbanas que florecieron por doquier (Pérez Bertruy, 2002).

El ritmo de la vida cotidiana se transformó con las intervenciones urbanas en los espacios públicos, sobre todo, en calles, plazas, glorietas, parques y jardines, donde se multiplicó un mobiliario público, tal y como se veía en París, Londres y Berlín, entre otras urbes occidentales.

Asimismo, los movimientos artísticos del momento contribuyeron al nuevo diseño industrial y al mobiliario urbano empleando nuevas técnicas y materiales en la arquitectura y la ingeniería gracias al avance de la siderurgia.

En este contexto, desde mediados del siglo XIX existieron en México hornos de fundición en manos de fabricantes extranjeros para la producción de piezas menores

(Katzman, 1973), lo que posibilitó que el Zócalo estrenara 64 bancas de hierro hacia el año de 1866 y dos más en el jardín Santos Degollado en 1871 (Memoria de los ramos municipales [...], 1866;.AHDF, Paseos y Jardines, vol. 3587, exp. 106).

Más tarde, los adelantos en la química y la física en la misma rama de la siderurgia dio origen al hierro forjado que es más dúctil y maleable permitiendo otras aleaciones y la producción en serie de estos muebles para los paseos y jardines. Al principio del porfiriato estos productos fueron de importación, sobre todo, llegaban de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia transformando la herrería y la arquitectura mexicana (katzman, 1973) y, el amueblamiento de los espacios públicos.

A fin de siglo teníamos ya instaladas pequeñas y medianas empresas nacionales y extranjeras de hierro fundido que permitieron que a inicios del XX se lograra una estandarización de bancas, jarrones, pedestales y protecciones o columnas para resguardar los prados (figura 10), con formas bastante más sencillas que las europeas, pero estilísticamente inspiradas en ellas.

En alamedas y jardines de barrios pobres prevaleció en asientos el modelo de hierro con tiras de madera (figura 11a), mientras los principales paseos ostentaron las de hierro colado con el clásico sello del Ayuntamiento (figura 11b), lo que no implicó que aún siguieran existiendo bancas de cantera en las glorietas de la Alameda (figura 11c) y el Paseo de la Reforma, de producción local y artesanal.

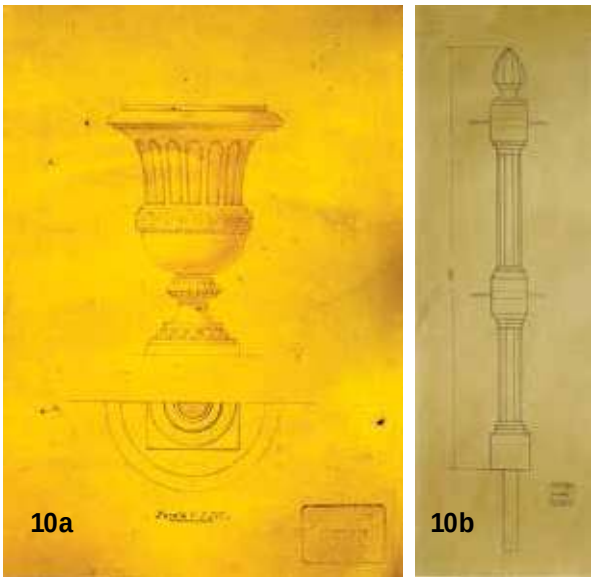

Figura 10a. Proyecto de macetones para los jardines.
Figura 10b. Modelo de columna en hierro colado para limitar los prados de los jardines.

El hierro fundido utilizado a gran escala originó un mobiliario urbano metálico que se reprodujo en quioscos, farolas, elementos y grupos escultóricos, invernaderos, mercados, paradas de tranvías, así como en placas de pewter o peltre esmaltado para señalar la nomenclatura de calles y jardines. Asimismo impactó en la construcción de restaurantes, tiendas departamentales, barandales, rejas y chapas metálicas de uso doméstico y, a grandes rasgos, en enormes estructuras y fachadas de edificios modificando radicalmente la imagen urbana de la ciudad.

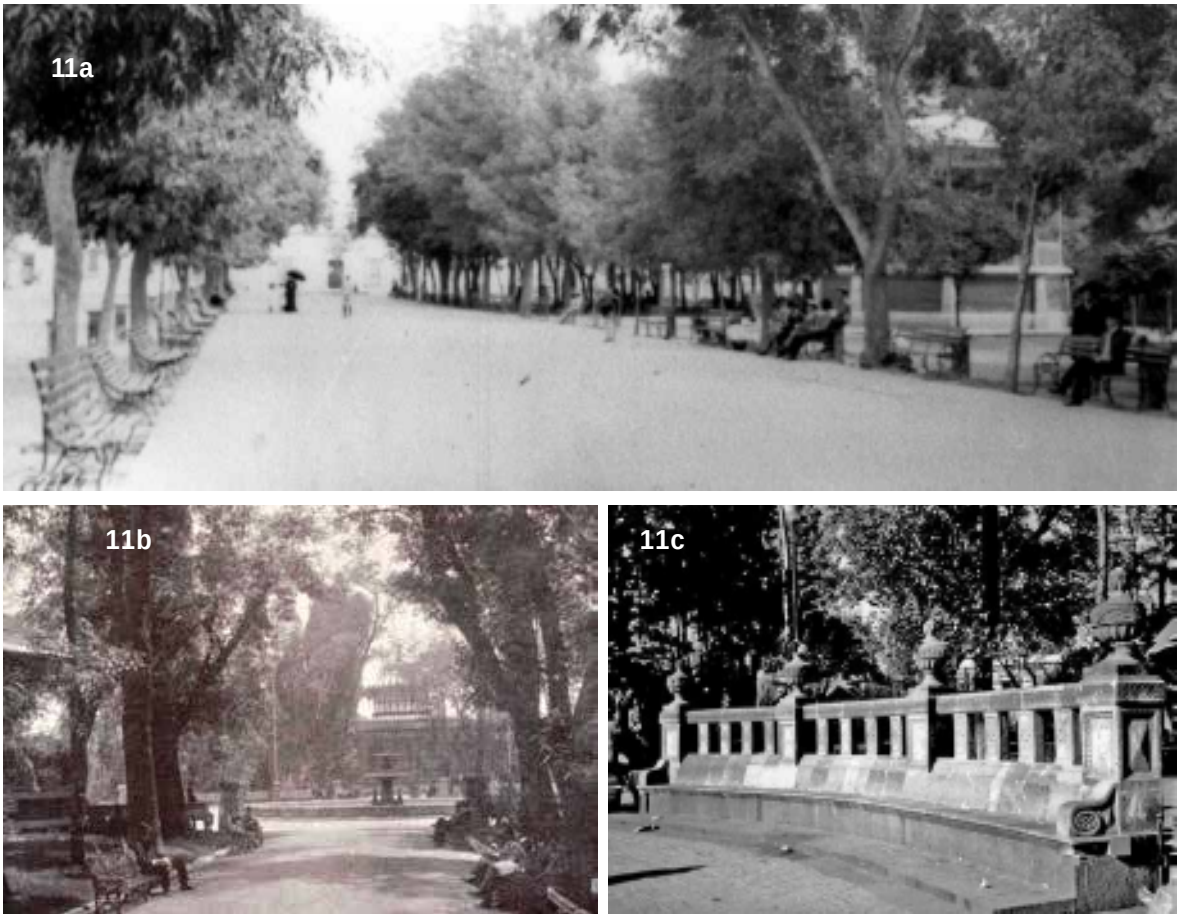

Figura 11a. Banca de hierro con tiras de madera en el jardín Morelos.
Figura 11b. Banca de hierro colado en la Alameda Central.
Figura 11c. Bancas de cantera en una de las glorietas de la Alameda Central.

Quioscos

Los parques y jardines durante el porfiriato se convirtieron en espacios muy significativos para la sociedad de su tiempo dotándose de un mobiliario urbano de gran utilidad para el recreo de la población. En especial llegaron a esos sitios una gran variedad de quioscos y estilos fabricados en hierro, basados en modelos europeos o bien copiados de catálogos, siendo reproducidos en el extranjero o en fundiciones mexicanas e instalados por técnicos especializados (Segarra Lagunes, 2012).

Había quioscos musicales que eran escenarios al aire libre pero también cubrían eventos cívicos, mercantiles y certámenes culturales. Los primeros fueron de madera

hasta que llegaron al Zócalo y la Alameda en el año de 1874 los de hierro fundido con lámina de zinc. El de la Plaza Mayor se trajo de París a semejanza del que había en el Bosque de Boulogne (figura 12). En las últimas décadas del siglo XIX las glorietas de la Alameda Central se fueron cubriendo de quioscos musicales, de inspiración oriental, teniendo el del año de 1891 base de ladrillo extranjero. Si bien fue un diseño del arquitecto mexicano Rafael M. Arozamena, lo cierto es que sus partes se fundieron en Inglaterra (AHDF, Paseos y Jardines, vol. 3590, exp. 363). El más elegante por estar finamente labrado en fierro, es el famoso quiosco morisco, llamado así por su influencia hispano árabe. A solicitud del gobierno federal fue realizado por el arquitecto-ingeniero José Ramón Ibarrola para formar parte de la Exposición de New Orleans (1884-1885) y de la Feria Mundial de París (1899). Se colocó en 1887 al oriente de la Alameda Central, siendo utilizado para las rifas de la lotería Nacional y permaneció allí hasta 1910 en el lugar que hoy ocupa el Hemiciclo a Juárez lo que implicó su remoción a la Alameda de Santa María la Ribera (Égido Villareal y Henríquez Escobar, 1997) (figura 13).

Figura 12. Quiosco en el jardín del Zócalo.

Figura 13. Pabellón o quiosco morisco en la Alameda Santa María de la Ribera.

Existieron otros quioscos de fierro y cristal para fines mercantiles como el Mercado de Flores en el atrio de la Catedral de fabricación francesa destinado a la venta de plantas y pájaros y otro de forma rectangular con techos de dos aguas para la venta de libros que inicialmente estuvo en el jardín del Seminario (figura 14).

Los de la Alameda Central también tuvieron fines mercantiles y se rentaron para cafetería, nevería, dulces o venta de licores. El deseo del Ayuntamiento fue renovar y reubicar a los vendedores ambulantes en sitios fijos, techados, estéticos y seguros,

dando origen a este tipo de mobiliario decorativo. Coexistieron en aquellos años en plazas y jardines de la ciudad estructuras efímeras de madera y lona de tela destinada a cine, teatro, caballitos, circo, etcétera, que se fueron prohibiendo con el tiempo (Pérez Bertruy, 2002). En la primera década del siglo XX aparecen los parques y jardines dotados de todos los muebles y servicios típicos para estos fines incluyendo juegos para niños, especialmente columpios y resbaladillas (figura 15).

Figura 14. Quiosco de cristal para el mercado flores y puesto para libros.

Cabe mencionar que el romanticismo trajo aparejada la integración del mobiliario urbano dentro de la naturaleza y la valoración de materiales ecológicos alentando el establecimiento de quioscos rústicos hechos de madera, para el esparcimiento público, como se veía en el Bosque de Chapultepec y el parque obrero Balbuena (figura 16).

En el cambio del siglo XIX al XX la introducción de sanitarios públicos confirma un cambio en la gestión de la higiene de la ciudad. De ahí que entre los quioscos cerrados destacan una enorme cantidad de mingitorios o sanitarios públicos, con lámina galvanizada, sobre todo, los más simples y generalizados alcanzaron los jardines de barrios pobres (figura 17a), cuyas casas carecían de letrinas. Mamparas divisorias de hierro a la

Figura 15. Columpios en el Parque Balbuena para los sectores populares.

Figura 16. Quiosco rústico en el Parque Balbuena.

Figura 17a. Mingitorio en el jardín Mociño.

Figura 17b. Quiosco sanitario en el jardín del atrio de la Catedral.

francesa e inodoros de porcelana con tomas de agua corriente de patente inglesa son los más conocidos en la época.

Los más elegantes a semejanza de los que había en París llegaron a la Alameda Central y al atrio de la Catedral y fueron hechos a base de cemento, cubierto de cristales con los servicios sanitarios más avanzados: desagües automáticos, ventiladores, inodoros de porcelana, cubierta de madera, lavabos con jabones, azulejos en las paredes y el piso y con cerraduras en las puertas (figura 17b). Estas instalaciones hidrosanitarias solían verse no sólo al aire libre sino también en pabellones para mercados, cines o cafeterías, combinando anuncios para venta de tabaco, dulces, lotería, periódico y aseo de calzado. Poco a poco estas estructuras de quioscos o casetas desmontables fueron sustituidas por estructuras permanentes construidas de piedra, ladrillo o hormigón con formas geométricas y funcionalistas, sustituyendo los modelos historicistas (Segarra Lagunes, 2012).

Esculturas

Los paseos, jardines, glorietas y plazas públicas fueron lugares emblemáticos donde se colocaron obras de arte y elementos ornamentales de artistas nacionales y extranjeros de gran trayectoria en la época.

La introducción de estos objetos decorativos tuvo que ver con el desarrollo industrial en el país, los modos estilísticos en boga y el aparecimiento de nuevos materiales

Figura 18. Fuente de las Danaides en la Alameda Central.

(hierro colado y cemento) en la arquitectura y la ingeniería que revolucionaron el arte mexicano.

En la década de los ochenta varias piezas ornamentales para la construcción de jardines como fuentes, estatuas, tazas de bronce y macetones de hierro colado (que embellecieron el recién formado atrio de la Catedral) fueron importados de Norteamérica y Europa como las fuentes para la Alameda (Las Danaides de Carriere Bellezee [figura 18]), además de piezas similares que en ocasiones copiaron los jardines privados de los públicos. Asimismo, eminentes escultores mexicanos tenían que viajar a París o Italia para fundir sus obras.

A finales del siglo XIX y principios del XX se dio un cambio en la economía que posibilitó que México se convirtiera en productor gracias al establecimiento de fundiciones de extranjeros residentes en México (la Fundición Delicias y la planta Val D'Osne de Durenne), que después pasaron a manos de capital mexicano, dando como resultado que el escultor Jesús Contreras asociado con el hijo del presidente Porfirio Díaz (Tenorio Trillo, 1998), pudieran establecer en la colonia Santa María la Ribera la Fundición Artística Mexicana.

Los fabricantes europeos también tuvieron como sede las poblaciones cercanas a la Ciudad de México, pues aquí estaba la mayor demanda de los objetos en hierro fundido y apoyaron el mercado artístico con fustes de columnas, capiteles y farolas, destacando la fundición Carandente-Tartaglio en Tacubaya, que realizó todo tipo de trabajos.

La producción mexicana en hierro fundido especializada en bronce, latón y cobre del famoso Contreras, ganó récord fabricando el mayor porcentaje de piezas industriales y la fundición de monumentos conmemorativos en el país. Sobresalen las figuras de los héroes de la Independencia y de la guerra de Reforma, así como los jarrones de metal colocados en el Paseo de la Reforma y financiados por los estados de la República (figura 19).

A lo largo del porfiriato convivieron importantes firmas comerciales de fabricantes y artistas europeos y mexicanos con artesanos nacionales que siguieron usando la cantera, la piedra, el barro y los azulejos en esculturas, fuentes, macetones y pedestales

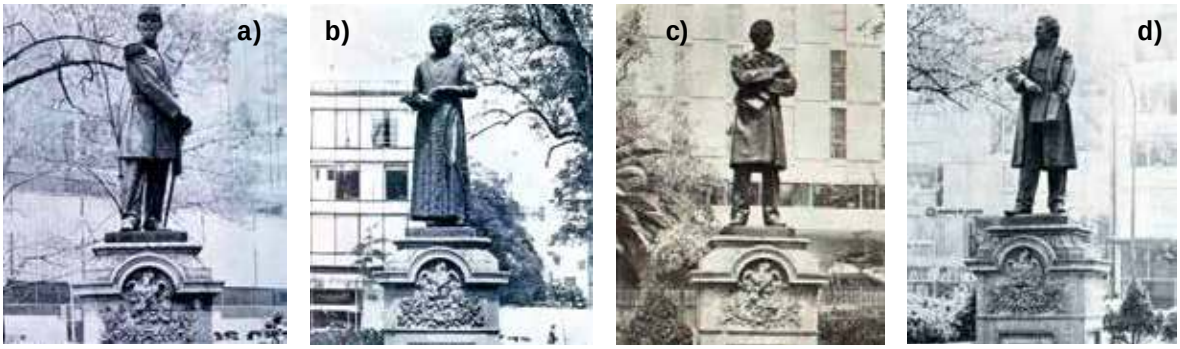

Figura 19. Aquí se observan algunas estatuas cívicas obsequiadas por los estados en el Paseo de la Reforma. a) Gregorio Méndez. Donación del estado de Tabasco, 1897. b) José E. de Cárdenas. Donación del estado de Tabasco, 1897. c) Juan Antonio de la Fuente. Donación del estado de Coahuila, 1897. d) Miguel Ramos Arizpe. Donación del estado de Coahuila, 1897.

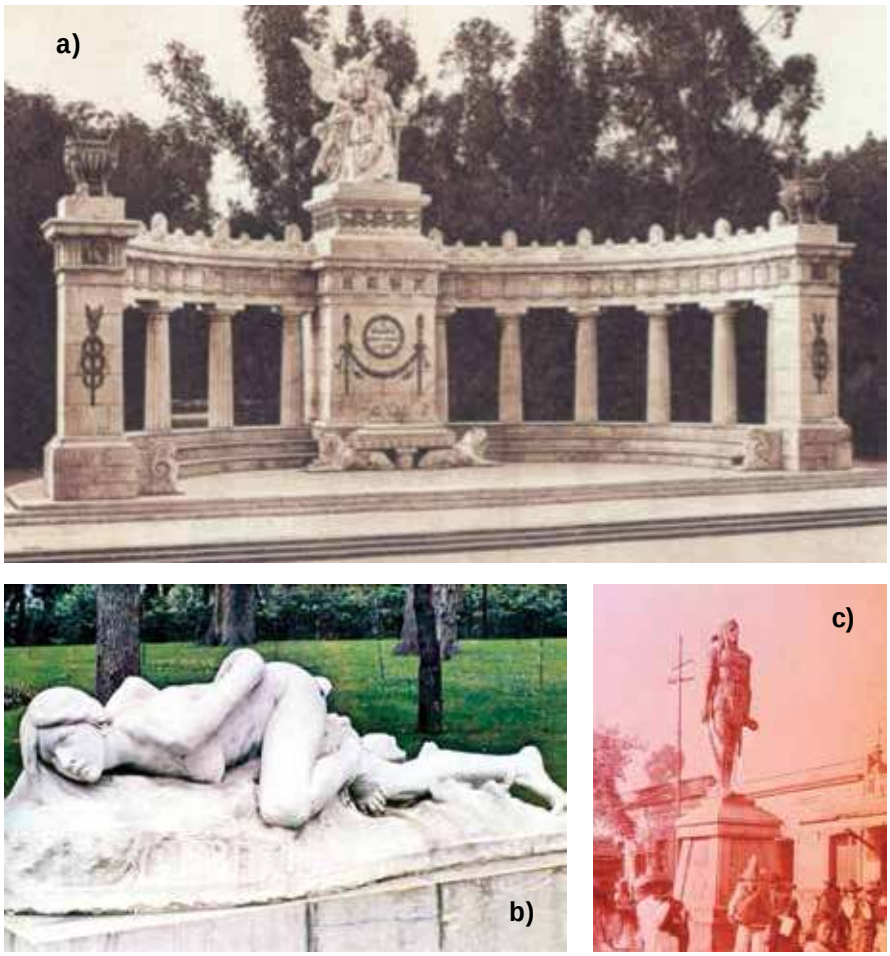

Figura 20a. Malgrétout de Jesús Contreras en la Alameda Central. b) Hemiciclo a Juárez en la Alameda Central. c) Ahuitzotl, octavo tlatoani mexica, en la calzada de la Viga.

(Pérez Bertruy, 2003a). Desde 1840 en adelante muchas piezas escultóricas en hierro fundido, bronce y de mármol fueron de fabricación extranjera y, solamente a partir de la última década del siglo se fabricaron en México, a través de la importación de tecnología, nunca innovadora, y de moldes usados y procedentes de Estados Unidos, Italia y Francia (Segarra Lagunes, 2012).

El diseño y los materiales fueron variados, tal y como lo dictaba el eclecticismo de la época; se veían esculturas a la manera alegórica, neoclásica, romántica y movimientos de vanguardia (figura 20a), así como estatuas y monumentos cívicos remembrando el retrato clásico de héroes patrios (figura 20b) y el pasado indígena (figura 20c), distribuidos en plazas, glorietas, paseos, parques y jardines de la ciudad, como nunca en la historia (Pérez Bertruy, 2011).

El régimen hizo del Paseo de la Reforma el más emblemático, cargado de monumentos y personajes patrios hechos de bronce. Los festejos del Centenario en 1910, aumentaron el número de esculturas en paseos y fachadas de importantes edificios gubernamentales.

En este contexto cabe mencionar que para la Celebración del Centenario de la Independencia Nacional una serie de monumentos y una gran variedad de mobiliario comprado por diferentes instancias gubernamentales y obsequiadas por juntas y asociaciones nacionales conjuntamente con gobiernos extranjeros (Hemerografía del Centenario, 2010), contribuyeron a consolidar la imagen moderna y desarrollada de México.

Transporte, comunicaciones y limpieza de la ciudad

En materia de transporte público cuyo mayor desarrollo en la ciudad fue entre 1890 y 1910 llegaron muebles urbanos para apoyar este servicio (Vidrio, 1997). Los primeros que se establecieron entre 1878 y 1880 fueron casetas a la manera de pequeños castillitos de techos metálicos al estilo neogótico que se establecieron en las plazas principales para ser utilizados como terminales de tranvías, con taquillas para la venta de boletos y un salón para pasajeros (figura 21).

Posteriormente, la organización del sistema implicó la fabricación en serie para uniformizar las instalaciones incluyendo los paraderos. Una parada de tranvías en esta época por lo común no tenía techo y se constituía de un poste con farola y el señalamiento de la parada en hierro fundido con guarniciones de aceras y andén (Segarra Lagunes, 2012).

Figura 21. Caseta de tranvía urbano en el Zócalo.

Tras el auge de los tranvías y ferrocarriles que conectaban toda la ciudad y el Valle de México sumando la popularización de las bicicletas y la entrada de los primeros automóviles condujo a la autoridad a establecer policías con señales manuales a través del silbato, para seguridad de los distintos conductores y peatones y, años después, se colocaron semáforos.

Los medios de información trajeron en mínima escala aunque de un sólo tipo botes postales a la manera parisina, para auxilio y complemento de las oficinas de correos, así como casetas o cabinas telefónicas, que en ambos casos se aprovecharon para colocar anuncios.

En el servicio de limpieza de la ciudad se introdujeron desde principios del siglo XX botes de basura en serie que se establecieron en el primer cuadro de la ciudad e hidrantes o postes para extinguidores adquiridos en Estados Unidos y Gran Bretaña (Sánchez Flores, 1980).

ALUMBRADO

Los últimos años del porfiriato constituyeron la etapa de mayor desarrollo buscando soluciones reales a problemas específicos que contribución a la uniformidad del mobiliario urbano.

Entre los objetos industriales, apenas inventados, el alumbrado eléctrico fue el que ofreció una estandarización de todos sus componentes, a partir de 1898 en adelante en las vías públicas de la Ciudad de México. La industria alemana Siemens & Halske contribuyó con novedades en materiales y diseños desarrollando la fundición de los modelos de zinc. Era un monopolio a nivel internacional que tenía filiales en varias partes de Europa y Latinoamérica creando el circuito completo de todos los componentes; desde lámparas incandescentes, lámparas de arcos, dínamos y motores eléctricos, conductos para la instalación eléctrica y tendidos para el transporte público (Arizpe, 1900).

La capital de la república se convirtió en la mejor alumbrada del continente americano, a la par con Europa y América del Norte y cambió su fisonomía con cables aéreos y subterráneos de variados tipos y aislados, transformadores, medidores de corriente, lámparas de arco con globos de cristal de forma ovoide y tinte opalino para matizar la luz, focos incandescentes, postes de fierro galvanizado y carbones de diferentes clases (figura 22).

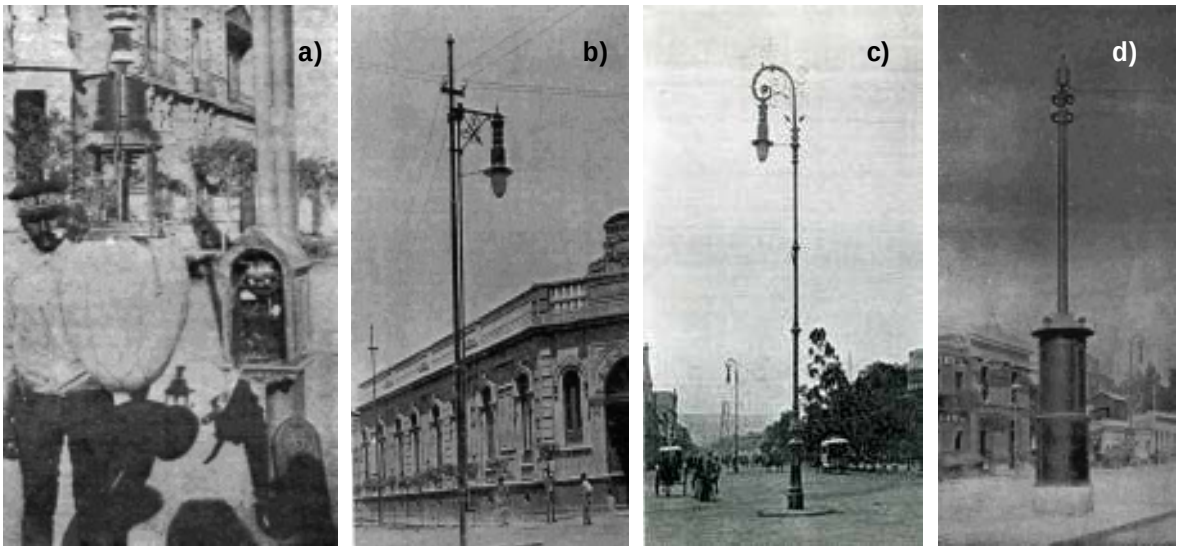

Figura 22. Componentes del alumbrado eléctrico de la empresa Siemens & Halske.
a) Caja de circuitos. b) Poste de luz eléctrica en la colonia San Rafael. c) Candelabro eléctrico en la avenida Juárez. d) Transformador en la calle Ribera de San Cosme.

USOS VARIADOS DEL MOBILIARIO URBANO

En esta época los accesorios urbanos se diversificaron con casetas de madera imitando el modelo francés Barraques Collet, que se alzaron en las calles y alrededor de los modernos mercados (de estructuras modulares metálicas), para la venta de alimentos y frutas, así como los puestos removibles de madera de la Plaza de Santo Domingo, que se fabricaron artesanalmente para cubrir la oferta de las imprentas, cuyas máquinas (importadas de Alemania y Estados Unidos) lo permitieron al ocupar un mínimo espacio (Segarra Lagunes, 2012).

En los espacios públicos llegaron aunque en mínima proporción pajareras e invernaderos y mucho más relojes públicos de variadas formas. Los primeros se distribuyeron en parques y jardines y los segundos formaron parte de la ornamentación de las casetas públicas o como valor añadido en postes y todo tipo de estructuras para la publicidad comercial.

El ritmo de las actividades urbanas exigieron relojes más eficientes para la ciudad. El Ayuntamiento de la Ciudad de México se inclinó por la compra de un paquete de 20 relojes electrónicos de hechura londinense sobre los electromagnéticos franceses, ya que eran superiores en tecnología, instalándose en torres de madera y en una variedad de quioscos para los mercados, plazas, jardines y colonias populares. Los de patente francesa eran más decorativos Y, POR TAL RAZÓN, SE COLOCARON en las fachadas de edificios gubernamentales.

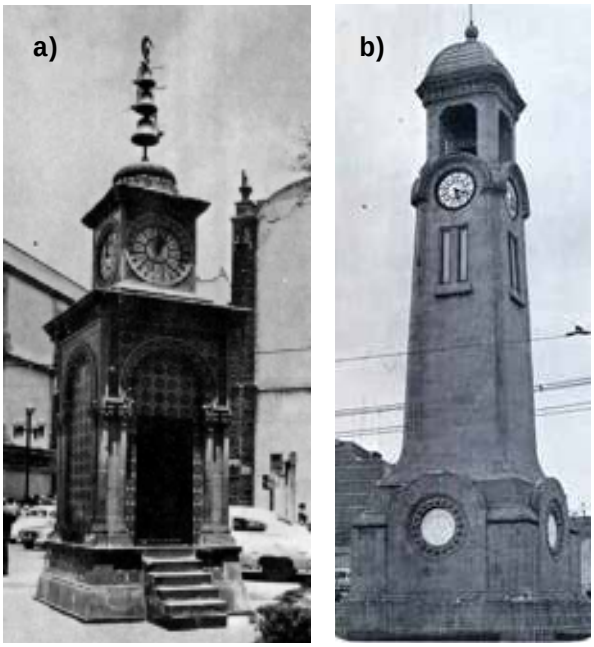

Figura 23a. Reloj Otomano en el jardín del Colegio de Niñas. b) Reloj chino en una de las glorietas de Bucareli.

Hacia 1910, con motivo del Primer Centenario de la Independencia Nacional embajadas extranjeras donaron los más ornamentales; el llamado otomano, de manufactura nacional a base de cantera y revestido con azulejos valencianos se constituyó en un obsequio del

gobierno de Turquía para el jardín del Colegio de Niñas (figura 23a) y, el segundo, regalo del emperador chino se instaló en una de las glorietas de Bucareli (figura 23b).

PUBLICIDAD

Las estructuras para la publicidad aparecieron en el escenario urbano desde mediados de siglo cobrando gran fuerza a finales de la centuria con la proliferación de quioscos, botes de basura o postales, postes de iluminación y torres anunciadoras, para dar publicidad a los comercios y la venta de productos callejeros (comida, chucherías, lotería o flores).

Hacia finales del siglo XIX aumentó cobrando una enorme variedad de tipos y combinaciones. El más común era el anuncio sobre bastidor metálico teniendo como soporte un poste, a la manera de un estandarte decorado con un águila (figura 24a,b). También había anuncios móviles tipo banderolas (figura 24c) o, el anuncio sobre bastidor para colocar en los muros, que consistía en un cuadro metálico de fierro colocado sobre la pared (figura 24d).

La constante búsqueda de llamar la atención a través de los inventos publicitarios introduce en el mercado, en los primeros años del siglo XX, letreros de luz intermitente que se emplearon en lo alto de los edificios a manera de espectaculares o letreros

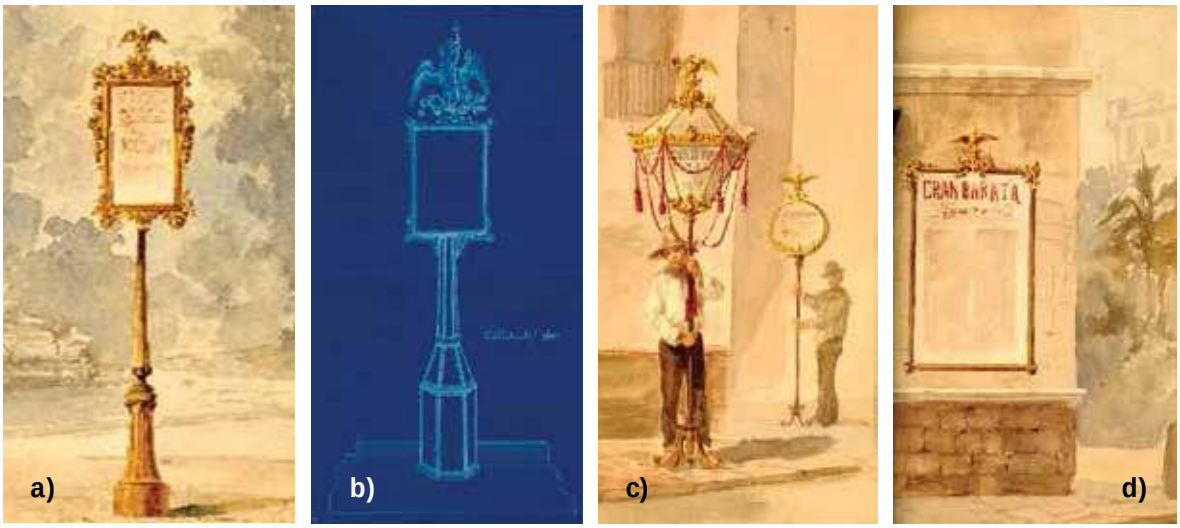

Figura 24a. Anuncio sobre un soporte metálico. b) Postes anunciadores en las vías públicas. c) Anuncios móviles tipo banderolas. d) Anuncio colocado en un muro.

luminosos combinando colores y juegos de luces y, más adelante, imágenes en movimiento a manera de animación. Algunos de estos letreros luminosos se llegaron a colocar en las fachadas de los edificios convirtiéndose en parte de la arquitectura mexicana (Segarra Lagunes, 2012).

Durante el periodo de estudio la novedad fue la presencia masiva de un mobiliario tipo industrial donde el abuso de la ornamentación fue generalizada convirtiendo a la ciudad en un verdadero muestrario de diferentes objetos, las más de las veces de carácter utilitario, para el uso y disfrute de toda la población.

Referencias documentales

Archivo General de la Nación (AGN)
Archivo Histórico el Gobierno del Distrito Federal (AHDF)

Referencias bibliográficas

ACEVEDO, Esther (1995). Testimonios artísticos de un episodio fugaz (1864-1867). México: Instituto Nacional de Bellas Artes.

ACHA, Juan (1995). Introducción a la teoría de los diseños. México: Trillas.

AGOSTONI, Claudia Amalia (2003). Monuments of Progress: Modernisation and Public Health in Mexico City, 1876-1910. Calgary, Alberta: Boulder, CO: México: University of Calgary Press; University Press of Colorado; UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas.

AGOSTONI, Claudia y Elisa SPECKMAN (eds., 2001). Modernidad, tradición y alteridad. La Ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX). México: Universidad Nacional Autónoma de México.

La Alameda Central. (1956) / textos de Máximo Magdaleno e Ignacio Medina. México: Talleres de la Impresora Juan Pablos.

Álbum de fotografías de los jardines de la Ciudad de México (1905). México: Dirección General de Obras Públicas.

Álbum gráfico de la República Mexicana (1910). México: Müller, 1910.

Álbum mexicano: colección de paisajes, monumentos, costumbres y ciudades principales de la República (1983). Litografías por C. Castro [et. al]; introd. Graciela Romandía de Cantú. México: Celanese Mexicana.

ARIZPE, Rafael R. (1900). El alumbrado público en la Ciudad de México: estudio histórico seguido de algunos datos técnicos acerca de las principales instalaciones destinadas a ese servicio. México: La Europea de J. Aguilar Vera.

BENJAMÍN, Walter (1974). París, capital del siglo XIX. México: Librería Madero, S.A.

BERTRAND, Michel-Jean (1981). La ciudad cotidiana. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local.

BLANCO, José Joaquín (1983). Empezaba el siglo en la Ciudad de México. México. Martín Casillas Editores, Colección Memoria y Olvido (Imágenes de México, 15).

BLANCO, José Joaquín y José WOLDENBERG (comp., 1994). México a fines de siglo. México: Fondo de Cultura Económica, 2 vols.

BOILS, Guillermo (2005). Pasado y presente de la colonia Santa María La Ribera. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco, División de Ciencias y Artes para el Diseño.

Bosquejos de México: colección de grabados y litografías del siglo XIX del Banco de México (1987). México: Banco de México.

CAMARENA, Mario (1991-1992). "El tranvía en época de cambio". En Historias 27, (octubre-marzo), p. 141-148.

CAMPI, Isabel (comp., 2010). Diseño e historia: tiempo, lugar y discurso. México: Designio.

CARDONA, Alberto (1900). México y sus capitales. México: La Europea.

CASADO NAVARRO, Arturo (1986). "La escultura durante el porfiriato". En El arte mexicano, t. 11, México: Secretaría de Educación Pública; Salvat, p. 1597-1614.

CASANOVA, Rosa y Estela EGUIARTE (1986). "La producción plástica en la república restaurada y el porfiriato, 1867-1911". En El arte mexicano, t. 10, México: Secretaría de Educación Pública; Salvat, p. 1509-1532.

CASTRO MORALES, Efraín (1994). El arte de la herrería en México. México: Grupo Financiero Bancomer.

CASTRO MORALES, Efraín (2004). Alameda mexicana: breve crónica de un viejo paseo. México: Museo Mexicano.

Catálogo de monumentos escultóricos y conmemorativos del Distrito Federal (1976). México: Departamento del Distrito Federal.

CORTÉS, José Luis (coord., 1993). París-México. La primera modernidad arquitectónica. México: Instituto Francés de América Latina; Universidad Autónoma Metropolitana.

DREWS, Michael. "Otra aproximación a Carl Gangolf Kaiser 1837-1895: arquitecto de la corte del Emperador Maximiliano". En: Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas, (primavera 2000), vol. XXII, núm. 77, p. 151-167.

ÉGIDO VILLAREAL, Armando Hitzelin y Graciela HENRÍQUEZ ESCOBAR (1997). Santa María de la Ribera y sus historias. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes; Instituto Nacional de Antropología e Historia; Dirección General de Publicaciones del CNCA; Universidad Nacional Autónoma de México; Museo Universitario del Chopo.

EGUIARTE SAKAR, María Estela (1991-1992). Los jardines en México y la idea de ciudad decimonónica". En Historias, 27, (octubre-marzo), p. 129-140.

FERNÁNDEZ CHRISTLIEB, Federico (1998). "La influencia francesa en el urbanismo de la Ciudad de México 1775-1910". En México Francia: memoria de una sensibilidad común siglos XIX y XX. México: El Colegio de San Luis, A. C.; Universidad Autónoma de Puebla, p. 227-266.

FIGUEROA DOMÉNECH, J. (1899). Guía general descriptiva de la república mexicana. Historia, geografía, estadística con triple directorio del comercio y la industria, autoridades, oficinas públicas, abogados, médicos, correos, telégrafos y ferrocarriles. México: Ramón de S. N. Araluce.

GALINDO Y VILLA, Jesús (1901). Reseña histórico descriptiva de la Ciudad de México que escribe el autor por encargo del señor presidente del Ayuntamiento. México: F. Díaz.

GALINDO Y VILLA, Jesús (1906). Ciudad de México: breve guía ilustrada. México: Secretaría de Fomento.

GALINDO Y VILLA, Jesús (1914). La plaza mayor de la Ciudad de México. México: Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología.

GARCÍA, Genaro (1991). Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la independencia de México. México: Centro de Estudios de Historia de México, Condumex.

GARCÍA CUBAS, Antonio (1986). El libro de mis recuerdos. México: Porrúa (Biblioteca Porrúa, 86).

GÓMEZ TEPEXICUAPAN, Amparo (2002). "Los jardines de Chapultepec en el siglo XIX". En Arqueología Mexicana, vol. 10, núm. 57, (septiembre-octubre), p. 48-53.

GONZÁLEZ OBREGÓN, Luis (1988). Las calles de México: leyendas y sucedidos: vida y costumbres de otros tiempos. México: Porrúa.

GONZÁLEZ RAMÍREZ, Manuel (1936). México, litografías de la ciudad que se fue. México: editorial del autor.

HERNÁNDEZ FRANYUTI, Regina (1994). "Ideología, proyectos y urbanización en la Ciudad de México, 1760-1850". En La Ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, t. 1, p. 116-160.

Hemerografía del Centenario: obras públicas conmemorativas (2010) [recurso electrónico] / coord. Ramona I. Pérez Bertruy. México: UNAM, IIB; FFyL.

KANDELL, Jonathan (1990). La capital. La historia de la Ciudad de México. Buenos Aires: Javier Vergara Editor.

KATZMAN, Israel (1973). Arquitectura del siglo XIX en México. México: Trillas.

LEFEBVRE, Henry (1984). La vida cotidiana en el mundo moderno. Madrid: Alianza Editorial.

LINATI, Claudio (1830). Costumes civils, militaires et religieux du mexique, dessineés d´apr`s nature. Bruxelles: Ch. Sattanino.

LOMBARDO DE RUIZ, Sonia (1978). "Ideas y proyectos urbanísticos de la Ciudad de México, 1788-1850". En Ciudad de México. Ensayo de construcción de una historia. México: Secretaría de Educación Pública; Instituto Nacional de Antropología e Historia, Dirección de Estudios Históricos, p. 169-188.

LOMBARDO DE RUIZ, Sonia (1997). Atlas histórico de la Ciudad de México. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia; Conaculta; Smurfit Cartón y Papel, 2 vols.

LÓPEZ MOJARDÍN, Adriana (1985). Hacia la ciudad capital: México, 1790-1870. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, Cuadernos de Trabajo de la Dirección de Estudios Históricos, núm. 46.

LÓPEZ, Rafael (1973). La Venus de la Alameda. México: Secretaría de Educación Pública (Colección SEP/Setentas, 77).

LÓPEZ ROSADO, Diego (1976). Los servicios públicos de la Ciudad de México. México: Porrúa.

LÓPEZ ROSADO, Diego (1982). Los mercados de la Ciudad de México. México: Secretaría de Comercio.

Memoria de los ramos municipales correspondientes al semestre de enero a junio de 1866, D. Ignacio Trigueros. México: Imprenta Económica.

México y sus alrededores (1855-1856). México: Decaen, 1855-1856.

México y sus alrededores (1965). México: Manuel Quesada, editor (facsímil).

MIÑÓN MÜFFELMANN, Pierre Gabriel (1996). "La transformación urbana del Paseo de la Reforma: estudio inmobiliario y de imagen urbana". México: tesis para obtener el título de licenciado en Arquitectura, Departamento de Arquitectura, Universidad Iberoamericana.

MORALES, María Dolores (1982). "El desarrollo urbano de la Ciudad de México en el siglo XIX". En Historia del Arte Mexicano, México: Secretaría de Educación Pública; Instituto Nacional de Bellas Artes, (Colección Facsímil, 81), p. 2-17.

PÉREZ BERTRUY, Ramona Ipabul (2002). "La conservación de paseos y jardines en la Ciudad de México durante el porfiriato". En: Gaceta bibliográfica, año 5, núm. 20 (octubre-diciembre), p. 152-160.

PÉREZ BERTRUY, Ramona Isabel (2003a). "Parques y jardines públicos de la Ciudad de México, 1881-1911". Tesis para optar por el grado de doctor en Historia, Centro de Estudios Históricos, El Colegio de México, S. A.

PÉREZ BERTRUY, Ramona I. (2003b). "La construcción de espacios públicos modernos: el caso de los parques y jardines públicos de la ciudad de México". Ponencia presentada en la mesa Perspectivas de la modernidad en México: sociedad y estado, siglos XVIII-XIX. En: Latin American Studies Association, Dallas, Texas, March 27-29.

PÉREZ BERTRUY, Ramona I. (2006). "Jardinería pública: un recorrido por su historia en la Ciudad de México". En: Estudios de História, v. 13, núm. 1, p. 181-208.

PÉREZ BERTRUY, Ramona I. (2010). "El eclecticismo histórico en la arquitectura de jardines de la Ciudad de México: 1866-1929". En: Jardines históricos brasileños y mexicanos=Jardines históricos brasileiros e mexicanos. México: Pernambuco, Brasil, p. 219-261.

PÉREZ-RAYÓN ELIZUNDIA, Nora (1998). "México 1900: la modernidad en el cambio de siglo. La mitificación de la ciencia". En Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México, vol. 18, p. 41-62.

PÉREZ WALTERS, Patricia (1994). "La historia en bronce del Paseo de la Reforma". En Historia del Paseo de la Reforma. México: Instituto Nacional de Bellas Artes, p. 81-90.

RÉMON, Georges (192?). Les arts décoratifs. Les jardins de l´antiquité à nos jours. París: Flammarion.

RIVERA CAMBAS, Manuel (1882). México pintoresco, artístico y monumental. México: Reforma, 3 vols.

ROMERO DE TERREROS, Manuel (1996). "Fuentes virreinales". En Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas, suplemento núm. 35, p. 5-23.

ROJAS GARCIDUEÑAS, José (1970). "Las fuentes de México". En Artes de México, núm. 136, año XVII, p. 15-78.

SALINAS FLORES, Óscar (2001). Panorama de la enseñanza del diseño industrial en México. México: Coordinación Nacional para la Planeación de la Educación Superior.

SÁNCHEZ FLORES, Ramón (1980). Historia de la tecnología y la invención en México. México: Fondo Cultural Banamex.

SEGARRA LAGUNES, Silvia (2012). Mobiliario urbano: historia y proyectos. Granada.

SEGURA JAURÉGUI, Elena (1990). Arquitectura porfirista: la colonia Juárez. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco; Tilde.

SESTO, Julio (1909). El México de Porfirio Díaz; hombres y cosas. Valencia, F. Sempere y Compañía.

SOSA, Francisco (1996). Las estatuas de la Reforma. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades.

STAPLES, Anne (1994). "Policia y buen gobierno: Municipal Efforts to Regulate Public Behavior, 1821-1857". En Rituals of Rule, Rituals of Resistance. Public Celebrations and Popular Culture in Mexico. Wilmington: Scholarly Resources, p. 115-126.

TEJA ZABRE, Alfonso (1938). Chapultepec: guía histórica y descriptiva con un plano pictórico del bosque. México: Secretaría de Hacienda y Crédito Público, Talleres de Impresión de Estampillas y Valores.

TENORIO TRILLO, Mauricio (1998). Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930. México: Fondo de Cultura Económica.

TOVAR Y DE TERESA, Guillermo (1992). La ciudad de los palacios: crónica de un patrimonio perdido. México: Vuelta, 2 vols.

ULLOA DEL RÍO, Ignacio (1997). El Paseo de la Reforma, crónica de una época (1864-1949). México: Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Estudios Profesionales, Aragón.

URIBE, Eloisa (1986). "Los ciudadanos labran su historia. Escultura 1843-1877". En El arte mexicano, t. 10, México: Secretaría de Educación Pública-Salvat, p. 1433-1449.

URIBE, Eloisa (coord.. 1987). Y todo... por una nación. Historia social de la producción plástica de la Ciudad de México 1781-1910. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia (Colección Científica).

VALLE ARIZPE, Artemio de (1946). Historia de la Ciudad de México según los relatos de sus cronistas. México: Pedro Robredo.

VARGAS SALGUERO, Ramón (1998). "El México independiente. Afirmación del nacionalismo y la modernidad". En Historia de la arquitectura y el urbanismo mexicanos. México: Fondo de Cultura Económica; Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Arquitectura, División de Estudios de Posgrado.

VÁSQUEZ MELLADO, Alfonso (1990). La ciudad de los palacios: imágenes de cinco siglos. México: Diana.

VÁSQUEZ, S. G. (1910). México y sus alrededores. Guía descriptiva ilustrada: contiene la historia y descripción de los edificios más importantes de la capital, lugares interesantes, monumentos, etc., y además un plano de la ciudad, de formado con los datos más recientes del H. Ayuntamiento, de acuerdo con la nueva nomenclatura de calles. México: Lacaud.

VEJAR LACAVE, Carlos (1957). Chapultepec: biografía de un bosque. México: Libro México.

VIDRIO, Manuel (1997). "Los sistemas de transporte y la expansión urbana: los tranvías". En Ciudad de México. Ensayo de construcción de una historia. México: Secretaría de Educación Pública; Instituto Nacional de Antropología e Historia, Dirección de Estudios Históricos, p. 201-216.

VILAS, María de los Ángeles de las (1970). "Las fuentes y sus formas". En Artes de México, núm. 136, año XVII, p. 79-90.

El Zócalo: esquema histórico: concurso nacional para la rehabilitación de la plaza de la Constitución (1998). México: Secretaría de Desarrollo Urbano y Vivienda, Coordinación de Comunicación Social.

ILUSTRACIONES

Figura 1. Plaza de Santo Domingo. Litografía de A. Gallice, en Bosquejos de México, 1987, p. 71. Caseta.

Figura 2. Sereno, en Linati, 1830, pl. 25.

Figura 3. Fuente Salto del Agua (hoy en la avenida Chapultepec), en México y sus alrededores, 1965.

Figura 4. Paseo de la Independencia en Bosquejos de México, 1987, p. 109.

Figura 5. Paseo las Cadenas en una noche de Luna, en México y sus alrededores, 1965.

Figura 6. Jardín de la Plaza de la Constitución, en Lombardo de Ruiz, v. 2, p. 42-43.

Figura 7. Jardín del Zócalo. Obsérvese las farolas de gas hidrógeno, en Álbum mexicano, 1983.

Figura 8a. Estatua El Mercurio en la Alameda Central, en Catálogo de monumentos escultóricos y conmemorativos, 1976, p. 151.

Figura 8b. Fuente El Neptuno en la Alameda Central, en Álbum gráfico de la República Mexicana, 1910, p. 76.

Figura 8c. Fuente de Venus en la Alameda Central, 1904. Fotografía de C.B. Waite. Propiedad Artística y Literaria, AGN.

Figura 9. Quiosco de madera para fijar anuncios en la esquinas de la ciudad, 1875. AHDF, Policía, vol. 3659, exp. 17.

Figura 10a. Proyecto de macetones para los jardines, 1901, en AHDF, Paseos y Jardines, vol. 3592, exp. 502.

Figura 10b. Modelo de columna en hierro colado para limitar los prados de los jardines, 1901, en AHDF, Paseos y Jardines, vol. 3592, exp. 502.

Figura 11a. Banca de hierro con tiras de madera en el jardín Morelos, 1904. Fotografía de C.B. Waite. Propiedad Artística y Literaria, AGN.

Figura 11b. Banca de hierro colado en la Alameda Central, en Álbum de fotografías de los jardines de la ciudad de México, 1905, AHDF.

Figura 11c. Bancas de cantera en una de las glorietas de la Alameda Central, 2002. Fotografía de Leticia Miranda.

Figura 12. Quiosco en el jardín del Zócalo, en El Heraldo: periódico del siglo XX (4 feb. 1910), p. 1.

Figura 13. Pabellón o quiosco morisco en la Alameda Santa María de la Ribera, en El Heraldo: periódico del siglo XX (12 abr. 1910), p. 1.

Figura 14. Quiosco de cristal para el mercado de flores y puesto para libros, 1879, en El Zócalo, 1998, p. 18.

Figura 15. Columpios en el Parque Balbuena para los sectores populares, en García, 1991, p. 214.

Figura 16. Quiosco rústico en el Parque Balbuena, 1910, en García, 1991, p. 214.

Figura 17a. Mingitorio en el jardín Mociño, en Álbum de fotografías de los jardines de la ciudad de México, 1905, AHDF.

Figura 17b. Quiosco sanitario en el jardín del atrio de la Catedral, 1908. Fotografía de F. Miret. Propiedad Artística y Literaria, AGN.